

El muerto de Guayaquil



JORGE JUAN EIROA

CUANDO Faustino vio el cuerpo flotando levantó levemente la cabeza, arqueó las cejas y escupió por la borda. Después se volvió hacia el puente y elevando un poco su natural tono de voz dijo: «Patrón, viene un muerto río abajo».

Faustino es un mulato introvertido y tranquilo y cuando no hay mucha faena le gusta hacer la travesía hacia el muelle 23 de Guayaquil apaciblemente sentado en la proa de «La Marquesa», una vieja barcaza de fondo plano movida por un asmático motor de gasoil, propiedad de Jacinto Márquez Alvarado.

El patrón aminoró la marcha y asomó la cabeza por una escotilla, dirigiendo la mirada con desgana hacia donde señalaba el dedo del mulato Faustino. Efectivamente, el cadá-

ver bajaba mecido suavemente por la corriente, rodeado de ramas, algas y espuma. Parecía el cuerpo de un hombre, boca abajo, vestido con un traje blanco y agarrado a un bulto con la mano derecha. Cuando estuvo más cerca vieron que el bulto era una maleta de madera.

«La Marquesa» hacía el trayecto desde el muelle 23 de Guayaquil a Chonete, pasado Alfaro por el río Guayas, dos veces al día, transportando carga general, sobre todo bastas de yuca, papas, listones de madera de eucalipto para carpintería y, a veces, personas. Antes, hace ya años, don Jacinto hacía el trayecto de Ponsorja a Isla Puna, casi en el fondo del Golfo, antes de entrar a Guayaquil. Eran otros tiempos más prósperos. Luego la patrullera de la Armada lo apresó con un



cargamento de hoja de coca procedente del puertecito peruano del El Bendito que él recogía en Puna y pasaba a Ponsorja, ya en la península de Magdalena. Aquello le costó dos años de encerrona en Guayaquil y la actual libertad bajo custodia, por buena conducta. Lo salvó la astucia de un joven licenciado que demostró que la hoja de coca estaba destinada a la elaboración de mate para consumo doméstico y no para veneno blanco. Cosas de la vida. Tuvo que cambiar de ruta y de compañías, pero toleraba bien al mulato Faustino, porque era hombre callado y poco dado al jaleo. Sus únicos excesos los cometía con alguna que otra morena de las que bajaban a Guayaquil de comprar y eso con bastante discreción y consentimiento en la sentina de carga.

El motor de la barcaza tosió varias veces antes de lograr su mínima potencia, capaz de mantener a «La Marquesa» aproada al centro del río, como esperando a que el muerto llegase a su borda impulsado por la corriente. Cuando el cuerpo se aproximó suficientemente don Jacinto lo asió de un brazo izándolo a bordo y dejándolo tendido, boca arriba, en cubierta.

Era un muerto bien curioso, ciertamente: un varón joven, de no más de treinta años, con aspecto de no ser de la tierra, ni ecuatoriano, ni colombiano, ni posiblemente peruano o brasileño. Tal vez europeo o, en todo caso, norteamericano. Debía llevar poco tiempo muerto, porque aún conservaba cierta prestancia en el rostro, pese a llevar la barba crecida de tres o cuatro días y algo de cieno en ojos y oídos. Pudo haber sido un hombre bien parecido, de los que gustan a las mujeres.

Tras un minucioso registro, don Jacinto comprobó que no llevaba nada que pudiera identificarlo. Ni billeteo, ni documentos, ni dinero. Absolutamente nada. Ni siquiera marcas en las prendas de vestir. Ni una sortija, ni una medalla. Nada de nada. Nada, excepto la pequeña maleta de madera que su mano derecha aferraba del asa. El patrón intentó separársela en vano. La mano estaba como soldada con tal rigor, que para abrirla

sería necesario descoyuntar los dedos, cosa que, desde luego y dada su situación, don Jacinto no estuvo dispuesto a hacer.

La maleta, por otra parte, estaba cerrada con llave, de forma que tampoco era posible abrirla, a menos que se forzaran las cerraduras o se rompiera la caja con una herramienta. Lo más prudente era dejarlo así, tal como estaba, tendido sobre la cubierta, hasta llegar al muelle y avisar a las autoridades. Todo lo más, cubrirlo con una lona, por no llamar la atención a los posibles curiosos del muelle, y tal vez por respeto.

—Tápalo con una lona, Faustino.— Sí, patrón.

—Si patrón

—Y vámonos ya, carajo, que hemos perdido mucho tiempo.

—Sí, patrón.

El río se ensancha pasado Alfaro, porque allí recoge el caudal del Daule, que viene del norte, desde más arriba de Cabuya. Entonces las orillas se distancian y se tiene la sensación de navegar por una especie de ría bordeada por ciénagas y arboledas. Al poco se divisa Guayaquil a lo lejos, como una mezcla de pinceladas blancas, amarillas y rojizas cubiertas por rebullo blanquecino de calima, subrayada por la larga línea del malecón y los salientes de los muelles pantanales. Parece que está cerca, pero la sensación es engañosa, porque aún se le deben dos horas más al río en la barcaza. Después, los muelles se acercan, los colores se definen y la calima se respira, mientras la embarcación discurre paralela a la orilla derecha. Por fin, se distingue el letrero blanco: «Municipalidad de Guayaquil, muelle 23» y «La Marquesa» aminora el ritmo de sus gases y se aproxima al pantalán con una maniobra precisa y experta, como repetida mil veces.

Don Jacinto llamó a la Policía desde el mismo muelle, pero el carro pintado de blanco y azul no llegó hasta tres horas después, haciendo sonar estridentemente sus sirenas y guiñando sus luces en la atardecida.

El teniente Urubamba, más conocido en los muelles por el sobrenombre de «Cholito

Bamba», es un viejo conocido del patrón. También conoce bien al mulato Faustino, con el que ha fumado en silencio muchas veces, sentados en la proa de «La Marquesa», mientras los agentes registraban el barco. Siempre ha tenido mucha consideración con Faustino, al que alguna vez ha definido como «un medio negro bastante inteligente, o un medio blanco algo corto, según se mire». Después de cada registro «Cholito Bamba» suele decirle a Don Jacinto: «Por esta vez te va la suerte; para la próxima cuídate, mi amigo».

El día del muerto, el teniente Urubamba subió a la barcaza muy circunspecto, con el cigarro mordido entre los incisivos y secándose el sudor de la gruesa cara con un pañuelo blanco y arrugado. Sin mediar palabra, levantó la lona que cubría el cadáver, se acuclilló ante él y, quitándose el sombrero panameño le espetó, ahocicando el gesto y enseñando los dientes amarillos: ¿Y tú quién eres, güevón?».

Naturalmente, el muerto no respondió. Asido a su maleta de madera, ofrecía un sereno rostro de aparente conformidad con su destino, mientras algunas moscas impertinentes revoloteaban en torno a él.

Volvióse a repetir el ritual del registro, esta vez más meticuloso, ya que el policía abrió el forro del traje del difunto, con la esperanza de encontrar en sus entresijos sabe Dios qué. Pero no encontró nada. También intento, en vano, desprender la maleta de la terca mano del muerto. Luego escuchó, con aparente indiferencia, las circunstancias del hallazgo mientras daba lentas chupadas a su cigarro. Por fin, con un gesto, ordenó levantar el cadáver y trasladarlo al depósito, despidiéndose de los tripulantes de la barcaza con un leve movimiento de cabeza.

Don Jacinto y el mulato Faustino vieron cómo se alejaba el carro policial por el malecón, haciendo sonar su sirena, hasta girar en la esquina del Museo de Historia de la Ciudad, frente al parque de la iguanas. Luego, el patrón de «La Marquesa» dio una palmada en la espalda de Faustino, a modo de señal, y ambos se adentraron en la bodega

del barco. En lo alto del cielo la luna tenía un halo blanquecino que se percibía brillante a través de la calima persistente y se reflejaba en las aguas del río.

El muerto fue depositado sobre una de las mesas metálicas, con forma de bandeja, de la sala frigorífica de la morgue, entre un cadáver de adulto arrollado por una motocicleta con sidecar y otro de una joven asesinada en una sala de fiestas. Le desprendieron la maleta, tras varios intentos y del dedo gordo del pie derecho le colgaron una etiqueta en la que se leía la fecha de ingreso, un número de orden y una anotación que decía: «Hallado en el río, sin identificación». El encargado del depósito entregó la maleta al teniente Urubamba y éste volvió con ella a comisaría. Allí, ya en su pequeño despacho, el policía se desprendió de la chaqueta, se subió las mangas de la camisa, y, sentándose en una silla, contempló largo rato la maleta que había depositado sobre la mesa. Por fin, extrajo una pequeña navaja de un cajón e intentó abrirla, inútilmente. Después llamó a un subordinado y le pidió que lo intentase con un viejo destornillador, operación que resultó igualmente vana. Por fin, visiblemente alterado, ordenó que se avisara a un cerrajero, que llegó al cabo de unas dos horas. El cerrajero contempló la maleta brevemente, extrajo un pequeño instrumento de su bolsa de trabajo y abrió las dos cerraduras con un par de rápidos movimientos. Después miró al oficial, hizo un gesto de despedida y salió de la estancia.

«Cholito Bamba» dijo: «Cada cual sabe su oficio, carajo» y dio una larga chupada al cigarro mientras contemplaba la maleta, aún cerrada, sobre la mesa. Después, parsimoniosamente, levantó la tapa, miró el interior y extrajo el único objeto que contenía: la fotografía coloreada de una joven bellísima, en un elegante marco de madera fina con incrustaciones de nácar. La fotografía tenía en el pie, a modo de dedicatoria, una breve frase manuscrita: «Te amo». Y nada más.

El oficial contempló el retrato largo tiempo. Era una joven muy hermosa, de unos veinte años o poco más, de rostro ovalado y

pelo castaño, con un elegante vestido en el que predominaban los encajes y unos llamativos pendientes que parecían de azabache.

Inevitablemente la mentalidad policial de Urubamba comenzó a elucubrar posibilidades, apoyándose en los escasos datos disponibles: fecha en que pudo producirse la muerte, origen del cuerpo, tiempo que estuvo en el río, extracción social del difunto, nacionalidad posible y, sobre todo, lo más importante del caso, causas de la muerte. Era evidente que el cadáver no tenía heridas ni ningún otro rastro de violencia, lo cual complicaba la cuestión. Pero, de todas formas, podían manejarse tres posibilidades, a modo de hipótesis de trabajo: homicidio o asesinato, suicidio y accidente. En el primer caso, las posibilidades de conocer los motivos, sin la identificación previa de la víctima, era poco menos que imposible. ¿Un crimen pasional?, podría ser. Tal vez una venganza, un robo con homicidio... El suicidio parecía poco claro. Al policía no se le ocurría cómo pudo suicidarse. Tal vez se dejó arrastrar por la corriente y se ahogó, sin más. Por depresión o angustia, hartura de la vida, decepción amorosa... vaya usted a saber. O un sencillo accidente, una caída al río... con una maleta que no quiso soltar, en la mano.

Contempló, de nuevo, el retrato de la mujer y permaneció absorto largo rato. Volvió a leer varias veces la dedicatoria: «Te amo». Después, se puso de nuevo la chaqueta, introdujo la fotografía en la maleta, cerró la tapa, la contempló largo rato, levantó la barbilla cerrando los ojos y salió a la calle.

La ciudad palpitaba a aquellas horas. Los

tenderetes de los mercadillos ofrecían las más inverosímiles mercancías: desde relojes que imitaban perfectamente marcas prestigiosas a un precio mil veces menor, hasta monos de tamaño diminuto. Cualquier cosa, en medio de un trasiego de gente variopinta vestida con atuendos multicolores.

Urubamba cruzó el parque de la iguanas y se entretuvo viéndolas comer cáscaras de fruta. Luego se adentró en una calle angosta y sombreada, perdiéndose entre la gente.

Varias semanas después el teniente volvió a encontrarse con el mulato Faustino, en los aledaños del malecón. Y aunque Faustino hizo como si no lo viera, «Cholito Bamba» se le acercó, como si nada.

—¿Cómo le va, señor?

—Bien, Faustino, me va bien.

—Tendrá mucho trabajo ahora, con el carnaval.

—Nunca falta trabajo.

El mulato lo miró a los ojos y, haciendo como si se acordara de pronto, le preguntó directamente:

—¿Qué fue del muerto, mi teniente?

El policía arqueó las cejas, ahocicó el rostro y, mirando hacia el río, respondió con parsimonia:

—Lo enterramos, no más.

Después hizo un gesto con la mano que quería decir, más o menos, «así es la vida, mulato», y se alejó despacio en dirección al parque de las iguanas.

Desde el malecón se veía el río, deslizándose lentamente y llevándose las ramas desprendidas de los árboles, los algazos, la espuma, los desperdicios de la ciudad, mientras el sol empezaba a agazaparse por detrás del espigón del faro, entre la neblina y el mar.